

14 AGOSTO 2018

NARRADORA ENSAYISTA Y PERIODISTA CRISTINA PACHECO.

ENTREGA DE LA MEDALLA ROSARIO CASTELLANOS

Antes que nada muchas gracias señor Gobernador, muchas gracias señores tan gentiles que nos reciben acá en su casa.

Debo decir que jamás he ocultado la edad que tengo, ni me ha pesado, pero hoy si me peso porque el currículum que es tan largo, que temí que ustedes se aburrieran demasiado, nadie escoge la fecha de su nacimiento ni la fecha en que termina, pero si les prometo una cosa, ese curriculum que me hizo favor de leer nuestra amiga, que ahora es mi nueva amiga, por supuesto; va a seguir adelante en mi vida, porque mi vida tiene un sentido y el sentido es contar historias, ahora tengo otro problema, han sido tan buenas las presentaciones de nuestras compañeras que me dejaron sin fechas que citar, sin títulos que decir, pero hay algo que me queda el recuerdo de Rosario.

Y si ustedes permiten voy a redactarle una carta:

Claro hace años que ni ustedes ni yo recibimos cartas, esta será una carta manuscrita donde muy posiblemente hay errores y equivocaciones y yo retroceda pero voy a empezar.

Querida Rosario, agosto de 2018:

Sabes una cosa, hoy me ha pasado lo más increíble aquí en un Estado que tanto amaste, cuya tierra alimentaste con tu sabiduría y con tu gracia acaban de darme una medalla que lleva tu nombre, en él tiene tu rostro y eso me recuerda la primera vez que nos encontramos, talvez lo hayas olvidado, yo no, en aquél entonces era estudiante de la facultad de filosofía y era empleada, era secretaria en el décimo piso de la universidad, mi trabajo era el de mil usos, llevaba papeles, pasaba originales, traía cigarros, servía café, y en unos de mis días de trabajo, se abrió la puerta del elevador en el piso donde permanecía, el número diez y apareció una mujercita pequeña con un vestido muy holgado de tela estampada y aspecto antiguo que llevabas... porque eres tú y lo sabes, un suéter negro y entraste donde estaban los redactores de la revista de la universidad, todos ellos al verte hacían un movimiento de admiración, de encanto y alegría que me consta que estuviste allí, porque yo también estuve allí, porque conservo la fotografía en donde aparecen tus amigos, tus admiradores: Juan García Ponce, Carlos Valdez y José Emilio Pacheco, en fin todos los que entonces alimentaban la revista de la universidad.

Aquella mañana me pediste un café con una manera muy delicada y amable y te lo agradecí, en el momento que te entregué la taza humeante y se acercó una de las muchachas, una de mis compañeras a preguntarte Maestra Rosario Castellanos; no sabía que era ella pues no la conocía y le dije: "Perdone tengo que hacer un trabajo y no sé ¿Cómo se dice feminidad o femineidad?" Y

Rosario le contestó muy mona, de ambas formas suele y puede decirse señorita, después claro nos explicó su expresión tan barroca y chocante, en ese momento yo realmente no sabía cómo se decía, si feminidad o femineidad, pero no la podía traicionar, eso me hizo que me encantara, me puso muy cerca de ti, me hizo comprender que nos entenderíamos no como amigas por la diferencia de edades, pero por lo menos como personas muy cercanas. A partir de aquella mañana cada vez que llegabas a tomar café con nuestros amigos, con tus amigos de siempre con las maravillosas montañas por la ventana era para mí una alegría, algo muy importante ver el brillo de tus ojos, la sonrisa y sobretodo aquella risa escaza pero muy impresionante, era como una risa puntillista, eran puntitos de alegría y claro al verte así tan contenta, tan elogiada, tan segura nunca imagine que tu presentías como una celda hermética, dije Rosario, “Yo soy una celda hermética”, cuanto me hubiera gustado acompañarte en aquella soledad que han sido uno de los centros de tu vida; es quizás la poetisa en donde más veces he encontrado ese término que es tan doloso y terrible que significa abandono, desamor, tristeza y desde luego una especie de rehacerse todos los días para evitar la muerte, hay un poema en que Rosario dice: “Yo no soy hija de nadie, soy hija de mis sueños, de mi imaginación y para salvarme de los demonios que me acechan, lo único que tengo son palabras”.

Después claro que nos volvimos a encontrar tres veces, empecé a leerla, le temía un poco, me impresionaba demasiado, a veces iba a recoger a José Emilio para la reuniones en la universidad pero yo no me atrevía a hablarle, sin embargo la empecé a leer muchos años más tarde, pues les diré que empezó a formar parte de mí, una de ellas, es cuando nació mi hija mayor, fue su madrina y eso fue muy importante para mí, eso hizo una forma de trato la leíamos y cuando se fue a Israel le prometimos que un día iríamos a buscarte, seguirte y acompañarte, reírnos de todas las cosas que te gustaba, empezando por tus propios defectos y tus propias equivocaciones que no existían, yo no he visto una mujer tan neta, tan sobria y algo también que me gustaría decir Rosario, es que llevo el lenguaje de todos los días, el que usamos todos nosotros para pedir una taza de café , un cigarro, un papel, una servilleta, para llamar cortina a las cortinas o mesa a las mesas, es lo que enriquece a sus poesías.

Una poesía limpia, clara e incomparable, la elegancia de Rosario es tan única como fue su sonrisa, no quiero tomarles más tiempo, solo les diré que la última vez que la vi, estaba rejuvenecida y muy bella, se veía feliz y estaba irradiante; más bien radiante, dicha de mejor manera. La vi en la casa de Wilberto Cantón, la vimos mi esposo y yo, como siempre hicimos recueros de los viejos tiempos de aquel décimo piso de la universidad, de las bromas que hacían entre los escritorios de la revista, de la forma en que se trataban uno a otros sin ninguna solemnidad, ni mucho menos en fondo de todo eso había experiencias, duras, difíciles, que tiene que ver con la soledad y la muerte y alguna vez tuve el privilegio, solo una vez y lo lamento de haberla entrevistado, era yo demasiado joven y suficientemente inexperta para entender lo que Rosario me dijo, lo que ella trataba de explicarme al hablarme una vez más de las obsesiones que

nunca la abandonaron, la soledad, Rosario Castellanos por última vez dijo que nunca volvió a encontrarse con nosotros, escribimos algunas veces, leíamos sus artículos pero siempre quedó pendiente una conversación que no tuve contigo Rosario; me gustaría estar a la altura de tu poesía para poder continuarla, para poder seguirla, pero no tengo el don de los poetas, en alguna ocasión haré un retrato tuyo, que te haga ver como querías verte, un árbol lleno de muchos pájaros, pues ese árbol y esos pájaros existen, las aves vuelan cada vez que uno de nosotros se da el gusto, se da el placer de abrir uno de tus libros y ver aquella lívida luz que te iluminaba.

Muchas gracias.